

Juan Pineda
Anita Krainer
coordinadores

Periferias de la periferia

Procesos territoriales indígenas en la Costa y la Amazonía ecuatoriana



Periferias de la periferia: procesos territoriales indígenas en la Costa y la Amazonía ecuatoriana /
coordinado por Juan Pineda y Anita Krainer. Quito : FLACSO, Sede Ecuador, 2012

251 p. : il., fotografías, gráficos, mapas y tablas

ISBN: 978-9978-67-376-8

INDÍGENAS ; GRUPOS ÉTNICOS ; ECUADOR ; TERRITORIALIDAD; TERRITORIO ;
IDENTIDAD ÉTNICA ; GOBERNANZA ; PARQUE NACIONAL YASUNÍ ; CONFLICTOS
SOCIOAMBIENTALES ; TURISMO COMUNITARIO.

306.08 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.org.ec

WCS - Programa Ecuador
Antonio Flores Jijón E-1796 y Sotomayor
Quito-Ecuador
Telfs: (593-2) 224 9763 / 226 7034
www.wcsecuador.org

ISBN: 978-9978-67-376-8

Colaboradoras: María Fernanda Mora, Martha Guerra

Laboratorio de Interculturalidad - FLACSO

Cuidado de la edición: Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena - FLACSO

Imprenta: Rispergraf C.A.

Quito, Ecuador, 2012

1ª. edición: diciembre de 2012

Índice

Presentación	7
Resumen general del libro	9
Los territorios indígenas de la Costa y Amazonía ecuatoriana. Las historias no narradas de la nación	11
<i>Juan Pineda Medina</i> <i>Anita Krainer</i>	
Parte 1 La consolidación e institucionalización del territorio	
El margen y el poder: (des)conexiones de la conservación en territorio awá	25
<i>Anne-Lise Naizot</i>	
Reflexiones en torno a la construcción de un sistema de gobernanza en el territorio awá ecuatoriano. Apuestas por una participación eficaz	65
<i>Juan Pineda Medina</i>	

Parte 2	
Territorio e identidad.	101
Dislocando los procesos de identificación. Tensiones entre apropiaciones locales y nacionales del patrimonio arqueológico de La Tolita Pampa de Oro	103
<i>Miguel Ángel Rivera Fellner</i>	
La identidad étnica, componente simbólico para la gobernanza territorial indígena	137
<i>Juan Carlos González Guzmán</i>	
Cowode. La imagen waorani del caníbal y la lucha por el territorio en el Yasuní	165
<i>Bardomiano Hernández</i>	
Parte 3	
Relaciones con el ‘mundo moderno’	
Mercado, instituciones y conflicto	193
Organizaciones sociales y conflictos socioambientales por la tala ilegal en el Parque Nacional Yasuní.	195
<i>Ivanova Monteros A.</i>	
Los retos del turismo comunitario en la Reserva de Biosfera Yasuní. El caso de la Red Solidaria de Turismo Comunitario de la Ribera del Napo.	221
<i>María Fernanda Mora</i>	
Información de los autores	249

Dislocando los procesos de identificación. Tensiones entre apropiaciones locales y nacionales del patrimonio arqueológico de La Tolita Pampa de Oro

Miguel Ángel Rivera Fellner*

Introducción: premisas teóricas

Para empezar, se harán explícitos los puntos de partida conceptuales del análisis que será expuesto.

El patrimonio es una categoría jurídica, no analítica

En la literatura oficial acerca del patrimonio, sea éste arqueológico, ambiental o de cualquier otro tipo, se asila una noción de propiedad. Para demostrar esto, baste con citar el Informe Final de la Reunión sobre Conservación y Utilización de Monumentos y Lugares de Interés Histórico y Artístico de la ICOMOS (ICOMOS, 1967), más conocido como “Las Normas de Quito” (en donde, a pesar de su nombre, también se consideran muchos paisajes naturales “monumentales”), la cual explícita y claramente especifica cómo la protección y restauración de este patrimonio son económicamente necesarias ya que “esos bienes del patrimonio cultural [y ambiental] representan un valor económico y son susceptibles de erigirse en instrumentos del progreso”. Esto, sin que estas acciones pongan en ries-

* Maestría en Antropología Visual y Documental Antropológico, FLACSO-Ecuador. riverafellner@gmail.com

go la propiedad privada y, a la vez otorguen más riqueza a las naciones en donde se encuentran. En pocas palabras: la legislación internacional vigente considera a los vestigios históricos y los productos artísticos (así como los paisajes) como parte de los activos de las naciones.

La noción de patrimonio surge de un contexto jurídico positivista en donde lo público aparece como protección de determinados derechos privativos y excluyentes basados en la idea de Estado-nación. Y, al tratar de ser trasladado desde esta perspectiva a una más 'políticamente correcta' en relación con temas culturales, históricos o ambientales, su finalidad sigue tratando de preservar determinados derechos privativos y excluyentes.

Además, el patrimonio (categoría jurídica fundamental en el mundo moderno) al atrapar y meter en su lógica de propiedad, acumulación y contabilidad a todo lo que con el adjetivo de cultural (o ambiental o histórico) pueda, impide observar lo que en sí mismo es: una forma de apropiación de un conjunto de objetos, entornos, creencias y personas en un(os) territorio(s) durante determinado tiempo. La forma de apropiación que implica la noción de patrimonio responde a unos intereses específicos de sujetos que usan lo jurídico y la institucionalidad para legitimar tal o cual relevancia de determinados fenómenos sobre otros (para el caso particular del sistema de legitimación y circulación de objetos (ver Clifford, 2001).

Por lo tanto, el concepto de patrimonio cultural, no se aplicó en este estudio como una categoría analítica sino como una categoría eminentemente jurídico-administrativa, sin relevancia para el análisis y sólo para entender la administración pública.

Los objetos y entornos tienen agencia

Las relaciones entre entornos, humanos y no humanos son mutuamente condicionantes. Es decir, los cambios en cada una de estas categorías implica el cambio de las demás, en términos de su interdependencia. De hecho, lo que se busca es borrar un poco los límites entre estas tres categorías para tratar de ver mejor cómo los animales, las plantas, e incluso los objetos, tanto individual como conjuntamente, están cargados de poder y agencia.

Al respecto, es Bruno Latour (2007) quien expone de un modo más claro esta afirmación, aduciendo que la falsa distinción entre objetos y sujetos (concomitante con las de naturaleza y sociedad, y ciencias duras y ciencias blandas) corresponde más a una necedad epistemológica que trata de fundamentar una ruptura de pensamiento y de época (la modernidad), que a un cambio efectivo en las formas de pensamiento y acción.

En este sentido, la dimensión temporal no debe estar desligada de un análisis situado. Así como muchos tratan de ver lo singular de quinientos años en unas cuantas épocas (cada una de las cuales está compuesta de elementos y eventos muy distintos), es posible hacer lo contrario con un periodo de tiempo muchísimo menos extenso, y en este corto periodo de tiempo, ya no intentar construir una secuencia hasta el presente de determinados actos, sino tratar de ver la simultaneidad de los actos que se ejecutan en distintos ritmos y al mismo tiempo. En esta medida, como Latour expone, ver cómo eventos y fenómenos aparentemente aislados e inconexos para las ciencias, se conjugan e interpretan en la vida cotidiana (incluso la de los científicos e intelectuales).

Esto se relaciona con la inutilidad analítica del concepto de patrimonio y la influencia de un objeto (o un conjunto de ellos) al ver cómo un objeto transita por múltiples significados independientemente de su origen, pero a la vez aporta algo nuevo a la idea que trata de apropiarlo en un contexto determinado. Siendo la perspectiva temporal que usamos la que nos permite asociar o disociar determinados fenómenos.

El antropocentrismo del concepto de patrimonio

La correlación entre biodiversidad y poblaciones ancestrales (destacada profundamente por diversas organizaciones internacionales) se complementa con la puesta en evidencia de que estos ecosistemas han sido prolongada y continuamente ocupados por seres humanos. Tanto la configuración de los bosques (en donde la proliferación de las palmas, por ejemplo, en la Amazonía, como lo evidencian, por ejemplo, los múltiples artículos incluidos en Morcote *et al.*, 2006) como las tecnologías y técni-

cas de apropiación de la selva no sólo se han heredado y transformado por el paisaje, sino que éste ha sido modificado por esas mismas tecnologías y técnicas que condicionó.

Esta perspectiva necesariamente implica introducir al tiempo como una variable indispensable en la relación teórica entre diversidad y ecosistemas antrópicamente modificados. Para esto, se propone una perspectiva metodológica inspirada, parcialmente, en la teoría del actor red, también de Latour (2008). Esta teoría permite considerar cómo los objetos poseen cierta capacidad de agencia, proveniente tanto de su relación con otros objetos como con nosotros los humanos. Y en este sentido, se desdibuja una dicotomía radical que fundamenta la modernidad: la dicotomía sujeto-objeto. Bruno Latour se refiere a los cuasi-objetos como todo aquello que no puede ser despojado de su subjetividad sin que pierda sus características esenciales (en lo que cabría, en realidad, ‘todo’). La capa de ozono, el mar, el petróleo no son objetos *per se* sino en la medida en que tienen una relación con el resto de aspectos que definen nuestro tiempo. Incluso en nuestra vida cotidiana les adjudicamos características subjetivas (ya que, si al menos no las tienen en sí mismos, los efectos a los que nos referimos son el resultados de múltiples y complejas intencionalidades humanas): el petróleo crea guerra, la capa de ozono nos abandona y demás.

Es decir, la propuesta metodológica que voy a enunciar parte del presupuesto epistemológico de considerar que la distinción entre sujeto y objeto corresponde más a la idea de tipos ideales de Max Weber (en donde las motivaciones o no motivaciones de las acciones no son analizadas sólo desde el sujeto) que a una separación categórica entre entidades de la misma realidad: por un lado los objetos inertes y desprovistos de capacidad de agencia (es decir, de motivar alguna práctica o significado) y por el otro de los sujetos activos y totalmente capaces (o incapaces) de transformar la realidad. Lo mismo pasa con aquella distinción muy tradicional y extendida entre lo animal y lo humano e incluso lo vegetal y lo animal (y por qué no entre lo orgánico y lo inorgánico). Tenemos más semejanzas con unos que con otros, por lo cual usar sólo dos categorías para la complejidad de tales relaciones filogenéticas u ontológicas (ya se trate de “animales-humanos” o de “objetos-sujetos”) puede llegar a ser reduccionista.

Toda noción de patrimonio, por lo tanto, se encuentra limitada al aceptar esto, ya que bajo la égida de propiedad que impone, establece una relación unidireccional en relación con los objetos y entornos patrimonializables y patrimonializados. Una relación en la cual es imposible percibir la agencia de determinados objetos y entornos en la actualidad y se les considera entidades pasivas en el proceso de identificación en el que permanentemente se encuentran los humanos entre sí, así como los humanos con los no humanos.

Ahora bien, lo que aquí interesa es saber cómo determinados grupos humanos, entonces, se identifican con determinados objetos y entornos sin usar la categoría jurídica del patrimonio, sino a través de los conceptos de apropiación y valoración, ambos fenómenos intencionales.

Condiciones fenomenológicas de los procesos de identificación

La absoluta instrumentalización que se ejerce desde la noción de patrimonio puede ser dislocada en el análisis si esta noción es reemplazada por los conceptos de apropiación y valoración. Aquí es considerada la apropiación como un epicentro en las discusiones alrededor del patrimonio, la propiedad y la identidad. Este último punto, sobre su relación con la identidad, es manifiesto en la Constitución Nacional de Ecuador de 2008 (ver por ejemplo el artículo 21) y en la Constitución de la República de Colombia de 1991 (especialmente en su artículo 72) cómo es definido el patrimonio cultural enmarcado en la definición de la identidad en sus múltiples escalas.

Los conceptos de apropiación y de valoración remiten necesariamente al problema de la práctica, y no sólo a una enumeración de entidades estáticas de autodefinición cultural, por lo cual el concepto de identidad será insuficiente para dar cuenta del dinamismo que se espera analizar. Por lo general, lo que se patrimonializa se esencializa al atarse a una forma hegemónica de representación del pasado o de la identidad. Y esto ignora la movilidad y mutabilidad de las representaciones y las identidades (ambas, consideradas como fenómenos intencionales básicos en los procesos de solidaridad). Las “identidades” no son unidades coherentes, autocontenidas ni plenas que

puedan ser caracterizables sencillamente a través de rótulos y eslóganes perennes. La invitación de este texto es aceptar su transformación constante y por eso, representación e identificación serán los objetos analizados desde la perspectiva de la apropiación. Stuart Hall (1997) ya ofrece pistas hacia esta dirección al mostrar cómo las representaciones son causa y efecto de los procesos identitarios ya que estas son socializadas en acciones comunicativas que propician la elaboración y el tránsito de significados.

Estos significados no emergen de la nada ni de una relación espontánea a través de la socialización, sino que se encuentran condicionados por un conjunto de variables propias de los fenómenos intencionales. Y el concepto de patrimonio es una forma que puede ser histórica y territorialmente situada en la modernidad tardía, en estados nacionales que se proclaman democráticos y que tienen una herencia jurídica que es republicana, autoritaria y patriarcal.

En este orden de ideas, se entiende que el llamado patrimonio cultural debe ser comprendido como la potencialidad de representación y autorrepresentación cultural de un pueblo o conjunto de ellos (o, en palabras de Anderson, 1993, de una comunidad imaginada), y esta potencialidad puede ser usada para proyectar un pasado y planificar cierto futuro, en gran medida relacionados (en las naciones-estado modernas) con una ideología hegemónica (Kingman y Andrade, 2010). El llamado patrimonio cultural (donde hallaríamos el histórico, el arquitectónico, el arqueológico e incluso el ecológico) debe ser concebido como el motor mismo de la dinámica de toda sociedad y no sólo como un inventario de bienes, ya que su función primaria sería representar.

Al mencionar la noción de identidad, se deberá siempre remitirla al concepto de alteridad, para posibilitar ver su constante mutabilidad, y en esta relación, enmarcar las discusiones acerca de las representaciones y del patrimonio culturales. Para esto, se ha dispuesto de una propuesta de inmersión etnográfica que si bien no pretende ser categórica, sí espera introducir a la apropiación de objetos y entornos como un problema antropológico discernible en el trabajo de campo.

Desde un punto de partida abstracto, es posible reconocer que todo fenómeno intencional está condicionado por tres aspectos elementales (los cuales son, a su vez, intencionales): el territorio, la temporalidad y la alteri-

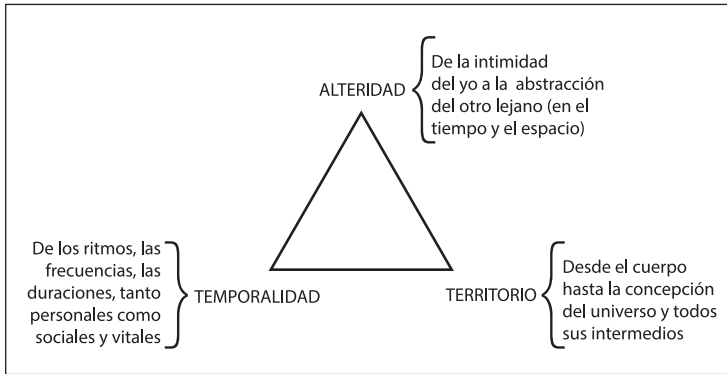
dad. Con esta triada se espera reconocer, en su generalidad, el contexto en el cual se desarrolla el fenómeno que nos interesa, siendo en esta ocasión la apropiación, valoración e interpretación de cosas y ambientes.

Tanto en antropología como en sociología es común ver el uso de la palabra apropiación sin que haya una definición clara y precisa al respecto, lo cual le ha permitido vagar entre las ciencias sociales sin claridad. En la tradición de la filosofía del arte se han generado algunos intentos por decantar una definición de este vocablo también prolíficamente usado por los artistas, pero que ahora se saldría de lo buscado en este breve ensayo. Sin embargo, vale la pena resaltar que tanto para científicos sociales como para artistas, la apropiación está ligada directamente con la mezcla incesante de significados entre sistemas de representación e identificación disímiles e incluso distantes (lo que refuerza la observación acerca de la dinamicidad de lo que se ha llamado identidad).

A continuación se describirá de un modo sucinto la forma en la cual se circunscribe el concepto de apropiación, lo cual implica especificar cada vez más la triada esbozada anteriormente.

Primero, se debe aclarar que, en esta propuesta, se presupone que la apropiación hace referencia a todo un complejo entramado de significados y prácticas culturales que se manifiestan histórica y políticamente. Esto quiere decir que, al reflexionar en torno a la apropiación, se debe contextualizar lo más precisamente posible el caso que se está analizando y especificar, en términos intencionales, las direcciones y formas de la apropiación. Para esto, se ha creado el siguiente esquema:

Diagrama N.º 1
Triada conceptual usada para contextualizar el caso



Fuente: Elaboración propia.

Cada concepto que compone este triángulo está íntimamente ligado con los demás, siendo la triada en sí misma, sólo una unidad de análisis. Comenzando con el concepto de alteridad, el eje desde el cual se hará el análisis, se refiere al complejo mundo de las relaciones sociales, las cuales son las que permiten la ubicación del individuo en el mundo social y, por lo tanto, lo constituyen en *persona*. Esto quiere decir que la alteridad es generada a través del reconocimiento y la interacción entre entidades separadas y únicas, las cuales pueden ser caracterizadas como personas.

Erving Goffman (1997) parte del origen griego de persona, para comprender cómo la vida cotidiana es una puesta en escena en la cual cada ser humano genera máscaras para la interacción. Sin embargo, los seres no humanos también son afectados por la personificación o antropomorfización en la vida cotidiana, siendo casi indispensable la asignación de roles y de máscaras a cada entidad que haga parte de la vida social (véase por ejemplo la forma en la cual se insertan las mascotas en los hogares o la forma en la cual es deshumanizado el enemigo en las guerras).

Con esto se espera resaltar la cercanía de la alteridad, ya que esta no es únicamente intercultural ni intraespecie, sino que puede ser intracultural e interespecies. Es decir, la alteridad es uno de los motores mismos de la

interacción social. En este sentido, es más pertinente el uso de alteridad al de identidad en esta contextualización debido a que la identidad implica cierta misteriosa igualdad u homologación entre entidades componentes de un complejo mundo social. Esto lo aceptan los mismos pensadores de la identidad, que esta es sólo realizable en relación con otras identidades, con 'lo otro' y que, además, estas relaciones están condicionadas por los tiempos y lugares en donde se manifiestan. Estos mismos académicos acerca de la identidad reconocen así los usos políticos y tradicionalistas de ésta, en donde se la trata de fijar a una ideología y a un conjunto homogéneo de elementos de la memoria (i.e. Wade, 2002 y Melo, 2006).

Es así como encontramos la versatilidad del concepto de alteridad frente al de identidad, ya que 'lo otro' no se limita a la distancia o al desconocimiento sino que se encuentra en el seno de la definición del 'yo'. En vez de las pretensiones limitantes y costumbristas de ciertas definiciones políticas de identidad, el uso del concepto de alteridad implica desde su superficie la multiplicidad de las relaciones en las que está inmerso todo ser social incluso en la vida cotidiana. Así como vamos a ver con los conceptos de temporalidad y territorio, la alteridad debe ser comprendida en escalas, las cuales van desde la cotidianidad a la que hemos hecho referencia (como las del hogar), hasta las dimensiones menos conocidas y más abstractas (como la divinidad monoteísta).

Esta premisa es igualmente válida para analizar el territorio, el cual es imaginado y vivido, es decir, representado, en múltiples escalas que no son excluyentes sino complementarias, en donde cada una interfiere en las demás. Así, tenemos que el cuerpo, como primer territorio, se opone en términos de su escala a la inconmensurabilidad del cosmos cuando éste es imaginado. Como lo especifica Jérôme Monnet (1999), damos paso de lo concreto a lo abstracto al hacer este tránsito territorial. ¿Dónde se descubren e inventan los límites de este territorio íntimo que llamamos cuerpo si no es en los ámbitos de las socializaciones primarias, como la familia, plagadas de alteridades concretas y definidas? Esto apunta a que cabe esperar que las escalas desde las cuales nos posicionemos nos dejen ver la relación de cada componente de la triada con los demás, en donde lo concreto y cercano de las alteridades se despliega en territorios vividos y significados

directamente, con determinadas personas y en ritmos y duraciones muchas veces institucionalizadas de antemano.

Partiendo de las “cáscaras del ser humano” de Abraham Moles, Monnet arguye que para la vivencia, ya sea física o imaginada de cualquier lugar (sea este concreto o abstracto) debió haber existido una interacción mediata con ese lugar, mediada efectivamente por símbolos y expectativas, es decir, apropiado:

La diferencia [introducida por esta perspectiva] es que no se trata de cambiar de punto de vista, pero al contrario de seguir siempre con el mismo punto de vista, el de un individuo sobre su mundo. Es así como, en el caso de las “de las cáscaras del ser humano”, el cambio de escala lleva consigo un cambio drástico de naturaleza, porque uno pasa de una primera cáscara (el cuerpo), que es el instrumento de una relación esencialmente física con el entorno, hasta una última cáscara que es el vasto mundo desconocido, con el cual uno se relaciona únicamente mediante la imaginación. Los umbrales entre las diferentes cáscaras se definen precisamente por los distintos balances cognitivos que se pueden hacer entre experiencia concreta directa y movilización mental de representaciones (Monnet, 1999: 117-118).

En otras palabras: cada territorio analizado en un contexto o caso específico debe serlo en términos de las alteridades que posibilitan tales lugares, los cuales no pueden ser medidos espacialmente sino que deben ser comprendidos como espacios plagados de significados explícitos y latentes dependiendo de las alteridades que los dinamizan y las temporalidades en lo que se insertan.

Lo anterior es aplicable también a la temporalidad. Esta, es concebida del modo en el que lo hace Pierre Bourdieu (1999): no se refiere a estar en el tiempo y sino hacer el tiempo a través de las prácticas. La propuesta de este sociólogo francés implica que todas las acciones de los seres humanos, a pesar de estar inmersas en condiciones biológicas y astronómicas, no están limitadas a estas condiciones. Las acciones humanas tienen sus propias direcciones y sus propios ritmos, los cuales son generados culturalmente y dependiendo de las alteridades y territorios con los cuales se articulen.

Así como los ritmos, las duraciones, las expectativas y las probabilidades van a depender de los territorios y las alteridades en las que se despliegan

(como ya se habrá notado por lo anteriormente dicho), estas temporalidades deberán ser relativizadas en cuanto a sus escalas, las cuales pueden ser gradual o abruptamente establecidas, y, como en las condiciones anteriores, estas escalas pueden ir de lo “inmediato” a lo imaginario.

Como se ha sugerido más arriba, esta triangulación teórica debe hacerse sin perder de vista cada aspecto. De hecho, la propuesta específica es que se utilice uno de los ángulos de este triángulo desde el cual observar y controlar los otros dos. En este caso concreto, en el que tratamos de analizar configuraciones de identificación y representación a partir de procesos de apropiación, será el eje de la alteridad el que marque la pauta para los ejercicios etnográficos.

¿Cómo se incorpora el concepto de apropiación a esta propuesta de contextualización? La apropiación es una vinculación vital relativa (a unas valoraciones prácticas y discursivas) de un ser humano o de una población con un objeto o un conjunto de objetos y su entorno. Como se aprecia en la definición, la valoración es lo que relativiza la apropiación, permitiendo identificar incluso grados y disputas entre diferentes formas de apropiación por actores y agentes distintos, contrastando las valoraciones que posibilitan a cada apropiación. Esto es posible observarlo en el caso de La Tolita Pampa de Oro de un modo fehaciente, ya que el Estado impone unas prácticas y discursos específicos para la valoración oficial y en la puesta en práctica de la apropiación de facto pone en relieve unos intereses privativos serranos y académicos; esto, totalmente opuesto a las formas locales de valoración (que son negadas o estereotipadas) y de apropiación (que son estigmatizadas y castigadas) de ese patrimonio arqueológico que allí subyace.

Ha sido la sociología urbana en Francia la que más ha explotado y explorado el concepto de apropiación, en especial cuando se vincula este concepto con lo público y la política. De este modo, encontramos posturas como las de Lefort (1988) y Lefebvre (1991), que, a pesar de parecer antagónicas, son en realidad las caras de la misma moneda. Mientras que para Lefort la apropiación se refiere a la estrategia estatal de clausura de sentidos en un espacio social para legitimarse, para Lefebvre la apropiación se refiere justamente a lo contrario: a la forma en la cual se contradice dicha legitimidad por parte de la ciudadanía (citados por Deutsche, 2001). Y son

dos caras de una misma moneda en cuanto lo que se resalta es la disputa por el poder en determinados espacios sociales, aspecto de suma relevancia para la contextualización de los procesos de representación e identificación que estamos explorando.

Sin embargo, es Michel de Certeau quien ofrece una perspectiva más cercana al que aquí se explora, ya que usa el adjetivo apropiado para referirse al lugar “base a partir del cual es posible controlar las relaciones con una exterioridad compuesta de objetivos y amenazas” (De Certeau, 1984: 36, citado por Deutsche, 2001: 10). De este modo, este intelectual francés se sale de la disputa en la que parecen enfrascarse sus coterráneos y trata de definir lo apropiado como “base”. Esta identificación de la apropiación con algo sustancial y necesario para la relación con una “exterioridad” es lo que posibilita encontrar una dimensión vital en los procesos de apropiación, dimensión que alude directamente a los procesos de identificación y representación.

Estas perspectivas posibilitan observar cómo la triangulación de la alteridad con el territorio y la temporalidad se debe ejercer sin perder de vista las tensiones de las relaciones de poder. Y estas tensiones se dan en un marco que se podría llamar plural, o como prefieren los antropólogos, intercultural (incluso dentro de un mismo grupo social). Esto necesariamente nos hace volver a Pierre Bourdieu (1999), quien, a través de la metáfora del juego social, permite ver cómo la apropiación de lo que se considera, por ejemplo, patrimonio arqueológico, se establece en territorios gracias a una interacción en la que se enfrentan concepciones del pasado, del espacio, de la propiedad y de los “otros”. Y esta interacción implica relaciones de poder, en especial, para los casos en los que la apropiación tiene que ver con contextos de protección arqueológica o ecológica, en donde el Estado estará siempre jugando, ya sea directa o indirectamente.

Bajo esta mirada, es posible conocer la forma en la cual es valorado y apropiado un conjunto de objetos o un entorno partiendo de diversos ejercicios etnográficos, esperando conocer, a su vez, cómo se generan y transforman los procesos de identificación y representación. Con esta perspectiva, encontrar diversos niveles y finalidades de apropiación será una de las tareas principales, estableciendo los ritmos, las frecuencias, las

duraciones, las prácticas, las formas de crear al “otro” con el que se puja por la apropiación y valoración en un territorio repleto de significados y huellas de estas tensiones. El modo de rastrear estos elementos del contexto apropiado y de la apropiación del contexto se encuentra en las formas de valoración, las cuales pueden ser evidenciadas a partir de representaciones (que para el caso etnográfico pueden ser tanto espontáneas como condicionadas, así como lingüísticas, visuales y prácticas).

En cada juego de apropiación hay un conjunto de valoraciones que pueden ser tanto complementarias como antagónicas, en donde cada una puede priorizar usos, prácticas y significados sobre otros, dependiendo de la configuración simbólica y práctica en la que surja. Estas configuraciones de valoraciones encuentran su fundamento en las relaciones que se establezcan con el objeto de la apropiación y las consideraciones (efectivas o eminentemente discursivas) de ese objeto o entorno como condición esencial (o no) de la vida de un individuo o de un colectivo. Es decir, aquí, el concepto de valor o valoración no se limita al de la economía política clásica, la cual sólo distinguía entre el valor de uso y el valor de cambio. En este caso se entiende al valor como la significación que por contraste adquiere cualquier fenómeno u objeto en la realidad a partir de sus múltiples relaciones funcionales, semánticas y sintagmáticas, tanto en el lenguaje como en la vida social¹.

Los objetos no sólo son potencialmente o efectivamente parte del mercado, ni adquieren valor por su utilidad práctica. Los objetos que hacen parte del mundo social, en cualquier escala de representación del territorio, la temporalidad y la alteridad, adquieren su valor al interactuar en el mundo social con otros elementos de ese mundo social, siendo esta interacción mediada por las representaciones sociales que hacen circular, las prácticas en las que se insertan y las regularidades de estas representaciones y prácticas.

Es David Graeber (2001), quien permite ver la amplitud del concepto de valor, ya que se cuestiona sobre los límites reales que existen entre

1 Esto quiere decir que se parte de los principios lingüísticos de la definición de valor (ver Palmer, 2000), en donde lo funcional se refiere al contraste mínimo necesario entre unidades componenciales de una lengua, lo semántico se refiere al significado “intrínseco” (el cual en realidad nunca es totalmente “intrínseco”) de un morfema o sintagma, y lo sintagmático a la forma en la cual lo funcional y lo semántico adquieren efectividad comunicativa.

tres conceptos disímiles de valor que son muy usados en la antropología lingüística, la antropología económica y la sociología (incluida la antropología social): el valor como productor de significado, el valor como productor de riqueza y el valor como perspectiva moral de una sociedad, respectivamente. De un modo preliminar, es posible concluir con este autor que su teoría se parece mucho a un argumento cíclico: todo adquiere valor para un individuo al reconocer que sus prácticas individuales son valoradas por una totalidad idiomática, económica o moral, pero esa totalidad sólo existe en la imaginaria individualmente apropiada. *The false coin of our own dreams*, reza el subtítulo del libro en mención, y claramente expresa el modo en el cual sólo valoramos lo que creemos que es valorado, o, como en el argumento marxista: cada sistema de producción genera una forma ideológica que posibilita su reproducción.

El Estado ecuatoriano y La Tolita Pampa de Oro: tensiones entre sistemas de apropiación y valoración alrededor de un yacimiento arqueológico

Al noroccidente de Ecuador, cerca de la frontera con Colombia, yace un conjunto de objetos y sitios de por lo menos un milenio y medio de antigüedad en una isla que hace parte del complejo delta que crea la conjunción de los ríos Santiago y Cayapas con el Pacífico. A pesar de que esta isla no está aislada de un complejo conjunto de yacimientos arqueológicos que oscilan entre los dos mil quinientos y los mil quinientos años de antigüedad entre la desembocadura del río San Juan (Colombia) hasta las estribaciones del río Esmeraldas (Ecuador)², es particularmente atractiva para la investigación arqueológica debido a su prolífica producción de cerámica y de transformación del paisaje. Además de la vastedad de restos materiales de navegantes y agricultores antiguos, la cerámica y la orfebrería demuestran una reflexión impresionante de este antiguo pueblo en torno al cuerpo, la vejez, la sexualidad y demás aspectos de la vida cotidiana y de

2 Para una documentación sobre la arqueología de la cultura La Tolita (como se le conoce en Ecuador) y Tumaco-La Tolita (como se la conoce en Colombia, ver Rivera (2012) y Leiva y Montaña (1994).

la naturaleza; pero también de su fuerza imaginativa y onírica, así como su destreza técnica en el manejo de múltiples materiales.

Son en gran medida estas razones por las cuales el Estado ecuatoriano ha prestado un relativo interés intelectual desde mediados del siglo XX, valorando oficialmente ese yacimiento desde una perspectiva académica y elitista, gracias al trabajo de intelectuales blancos serranos. Sin entrar en los detalles históricos (explorados en la tesis mencionada), La Tolita Pampa de Oro parece encontrar visibilidad para el Estado ecuatoriano durante finales de la década de 1930 y comienzos de la de 1940, cuando se encontraba en su máximo nivel de explotación aurífera por parte de un hacendado italiano de nombre Donato Yannuzzelli. Fue en gran medida un conjunto de rumores (sustentados muchos en investigaciones de arqueólogos extranjeros de las primeras décadas del siglo XX) de que en la isla había un gran potencial patrimonial y que estaba siendo este lugar explotado como una gran mina, lo que provocó la visita de intelectuales de la Academia Nacional de Historia de Ecuador (ANH) en representación del Estado ecuatoriano.

Hay toda una documentación de varias visitas de intelectuales hacendados serranos tratando de dimensionar el valor histórico para Ecuador del yacimiento, así como de medir la intensidad de la extracción realizada por Yannuzzelli, y en donde además de exaltar la vastedad y complejidad del yacimiento, también reconocían que este se debía proteger sin desconocer la legítima propiedad de Yannuzzelli. Hay un dato interesante en esta documentación, que no deja de ser impactante teniendo en cuenta que fue por lo menos durante dos décadas que se realizó la extracción intensiva de material aurífero del yacimiento (desechando toda la cerámica):

Si se adopta la cifra de un *mínimum* (sic) de ocho carretillas diarias por trabajador para 24 hombres tendremos que 192 carretillas llenas de tierra, de cascotes de alfarería, y otros restos culturales son arrancadas de las ruinas y arrojadas en la máquina de lavar, en cada día. Contando solamente cinco días de trabajo completo por semana, se nos presenta el hecho asombroso de que por lo menos 960 carretillas cargadas del material arqueológico, mezclado con tierra, son extraídas de La Tolita cada semana (Ferdon y Maxwell, 1941: 10).

Es decir, la explotación en La Tolita llegó a niveles muy importantes debido a toda una industria aurífera organizada con mano de obra de la zona por el señor Yannuzzelli. Por esa época, los discursos acerca de la valoración y protección de los recursos arqueológicos se restringían a una pequeña élite intelectual, la cual entraba en un conflicto interno en este caso, abogando tanto por la protección de esa cultura material enterrada como por la propiedad privada de Yannuzzelli. Conflicto que acabó con dos eventos que coinciden en 1947: la muerte de Yannuzzelli y la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (dependencia oficial a la que se le adjudicó la custodia del pasado y la cultura de la nación).

Desde esa época, hasta la creación del museo del Banco Central de Ecuador (BCE) en Quito en 1969, la fama y el tráfico de piezas de la “cultura La Tolita” parecen haberse estabilizado. Pero con la demanda de piezas que implicó la creación del museo del BCE, parece haber un repunte en la extracción intensiva en la isla, por parte de los mismos habitantes del recién creado recinto, pero con una particularidad en esta forma de extracción: la cerámica era más valorada debido en gran medida al nuevo uso oficial de la arqueología como historia legítima del pasado prehispánico (en donde la cerámica fue uno de los indicadores más relevantes en la reconstrucción cronológica, tecnológica y económica de ese pasado).

Este comercio se mantuvo durante las décadas siguientes, incluso en la década de 1980, cuando el mismo BCE financió y organizó una de las excavaciones oficiales más importantes del siglo XX en la isla, bajo la dirección del arqueólogo Francisco Valdez. Esta excavación (detallada en Valdez, 1987 y Leiva y Montaña, 1994) tuvo como resultado una serie de informes redactados y un conjunto de piezas recolectadas para el nuevo guión del museo, en ciernes a comienzos de los años 1990. Estas piezas componen los estantes más abundantes y ricos que se encuentran expuestos en este museo, con su propio diorama recreativo y su posición coherente y aséptica en la “natural” línea evolutiva de la sociedad (dentro de la etapa de los desarrollos regionales) y el Estado sobre el territorio ecuatoriano.

Durante estas tres décadas (entre 1970 y 2000), el Estado ecuatoriano trató de apropiarse de tal patrimonio arqueológico a partir tanto de varias expediciones y reconocimientos de académicos e intelectuales acreditados

(siendo el más importante el ya mencionado trabajo dirigido por Valdez) como de por lo menos un par de ocupaciones militares. Y en todo caso, la valoración que posibilitaba tales formas de apropiación estatales (una oficial – científica y militar – y otra más soterrada por medio del coleccionismo y el comercio de piezas) estigmatizaban y, en el mejor de los casos, ignoraban a la población local y sus propias formas de apropiación y valoración sobre tales yacimientos y objetos. Tanto los apelativos de migrantes colombianos y huaqueros eran la punta de lanza para esta invisibilización y estigmatización de la población local.

Como ya lo mencionaba Graeber, esta valoración oficial era ejercida tanto por unos preceptos morales y jurídicos (la cada vez más compleja legislación en torno a lo patrimonial y la idea de la necesidad de un Estado) como por unas finalidades y configuraciones económicas (el coleccionismo y el comercio de piezas para museos, al menos hasta la década de 1980) y tenían como base todo un repertorio lingüístico que decanta el significado y crea referentes para la reproducción de tales preceptos morales y jurídicos y de tales configuraciones de acumulación de capital económico. En esta medida, la ciencia de la arqueología y el coleccionismo burgués serían las fuentes primarias de las formas de valoración oficial, las cuales justifican y dan sentido a las prácticas apropiacionistas del Estado, las cuales eran (y aún son) estigmatizantes y excluyentes de la población local a partir de la sobrevaloración del pasado frente al presente.

En esta medida me interesaba explorar la forma en la cual entraban en pugna por la apropiación del mismo patrimonio dos sistemas de valoración: uno oficial y distante contra uno más consuetudinario y cercano a la experiencia vital del cuerpo. Este último es el que me interesó explorar de un modo más cercano a partir de distintas técnicas de la etnografía visual, tratando de reconocer cómo es que se generaba cierta identificación (o no) por parte de esta población con los antiguos habitantes de La Tolita Pampa de Oro. Pero antes de especificar más detalladamente estos procedimientos metodológicos, haré una breve descripción del recinto en mención.

La Tolita Pampa de Oro hace parte de una región habitada desde épocas coloniales por afrodescendientes traídos a la fuerza en los siglos del auge de la trata de personas por parte de las naciones europeas. Sin embar-

go, esta zona en donde limitan los actuales estados de Colombia y Ecuador, cobra relevancia histórica cuando se reconoce que en tales espacios se asentaron de los primeros pueblos libres de afrodescendientes en constante y dinámica relación con los pueblos amerindios de la zona (Tardieu, 2006). También se caracteriza por ser una de las principales zonas de explotación aurífera colonial, aunque con una presencia muy limitada y dificultosa por parte de los representantes de la Corona española. Con esto quiero resaltar un aspecto: los actuales habitantes de la isla no son propiamente migrantes colombianos, sino parte de la móvil población del Pacífico en la que se unen los territorios colombiano y ecuatoriano, con una historia compartida y unas complejas relaciones de parentesco.

Estos actuales habitantes, a los cuales me referiré como toliteños, sí han practicado la huaquería de un modo intensivo desde por lo menos la época Yannuzzelli, pero esta forma de apropiación parece haber sido instituida por esa misma práctica de extracción industrial del oro arqueológico, habiéndose complejizado en sus procedimientos e incluyéndose a la cerámica desde por lo menos la década de 1970 dentro de sus objetivos de comercialización (especialmente por la acción indirecta del BCE). De hecho, aún se practica la huaquería en la isla, pero esta ha rebajado su importancia para los ingresos de un modo paulatino desde al menos la última década y media debido a múltiples factores.

Actualmente, La Tolita Pampa de Oro es un poblado que se caracteriza por un auge del monocultivo de coco, una leve ganadería extensiva, la pesca y recolección de mariscos y otras actividades agrícolas (cacao, caña) y de cría (cerdos, gallinas). Esta actividad económica, en especial la agrícola, ha permitido la decadencia de la práctica huaquera, ya que la parcelación de facto (no hay posibilidad de titulación de la tierra por ser el yacimiento de interés nacional) obliga a que se respeten los límites entre predios y además la realización indiscriminada de huecos puede afectar las prácticas agrícolas y ganaderas.

Análisis de la identificación (valoraciones y apropiaciones) con entornos y objetos: una propuesta metodológica

La conclusión a la que se ha llegado en cuanto a la identificación efectuada en términos de la apropiación y la valoración es más o menos como sigue. El Estado ecuatoriano ha ejecutado una apropiación excluyente, docta y nacionalista, distante en todo caso, de los yacimientos y objetos arqueológicos depositados en La Tolita. Esta apropiación desde la estratosfera de la imaginación nacionalista y estatista, se ejecuta bajo una valoración discursiva muy rica, letrada y explícita, en donde lo nacional siempre opaca a lo local y la “cultura La Tolita” se escinde totalmente de los toliteños actuales, lo cual connota una percepción romántica del pasado prehispánico con tendencia a la monumentalidad y una percepción estigmatizadora del presente afrodescendiente de la isla. Por otro lado, los toliteños han ejecutado una apropiación directa de tales yacimientos y objetos, sin grandes reflexiones acerca de ese pasado prehispánico y con un desdén manifiesto por conocerlo. Sin embargo, esta apropiación (destruccionista, sí, pero vital en un momento dado) ha generado procesos de identificación menos artificiales y más sinceros con ese pasado no reflexionado que las identificaciones (aquí sí cabría hablar de “identidades”) generadas desde el Estado, a pesar de ser éstas más analíticas, exhaustivas y explícitas.

Es decir, la profundidad de los procesos de identificación no se da necesariamente a partir de apropiaciones inspiradas en altas valoraciones discursivas, sino que depende en gran medida de la intensidad de la interacción práctica con los sujetos, los objetos y los entornos con los que se crean esos lazos identificatorios. Hablando en plata blanca: si bien el Estado explícitamente reconoce a La Tolita como un referente prehispánico fundamental (no es sino observar la iconología creada por el BCE alrededor del sol de oro que supuestamente es de La Tolita³), la identificación que se genera a partir de una apropiación excluyente y elitista a partir de configuraciones de valor nacionalistas y científicistas no es tan sincera y plena como la que se esperaría, lo cual hace de La Tolita un instrumento más para una publicidad internacional de la imagen de Ecuador.

3 Ahora no vale la pena entrar en detalles acerca de la controversia sobre la procedencia del sol de oro que representa al BCE, la cual es expuesta rápidamente en Rivera (2012: 128 y ss.).

Por su parte, no es que los actuales toliteños se identifiquen plenamente con ese pasado prehispánico porque hayan tenido un contacto durante al menos tres generaciones con los objetos y yacimientos, pero la forma en la cual se apropian de tales recursos y las configuraciones de valor que justifican esa apropiación, dejan ver una imagen más sincera de esa identificación, la cual está vinculada más directamente con la forma de vida que llevan en ese territorio que con complejos discursos legitimadores.

Es en este punto donde entra la etnografía visual como un apoyo metodológico, para decantar en técnicas de campo las premisas de esta propuesta metodológica. Se debe reconocer en primera instancia que la apropiación, como esa vinculación vital relativa, comienza en muchas ocasiones a través de la vista, la cual debe ser considerada como una práctica en sí misma. Por tal razón, para tratar de dar cuenta de la forma en la cual los toliteños se apropian, valoran y, por lo tanto, identifican (o no) con ese pasado he tratado de armar un conjunto de procedimientos que he juzgado propicio para esta exploración. Este conjunto consiste básicamente en correlacionar las prácticas identitarias y los discursos relacionados con los objetos y el entorno, en términos de las temporalidades en las que se ejecutan, los territorios en donde se insertan y las alteridades que involucran.

Para esto, se han diseñado o especificado básicamente cinco instrumentos, los cuales, si bien no son infalibles, considero que son suficientes para el objetivo propuesto. Estos son: un diario de campo concentrado en las prácticas observadas, la fotografía contextual (siempre y cuando sea permitido por los fotografiados) de esas mismas prácticas, la entrevista abierta semiestructurada, el dibujo emic y un ejercicio que llamo “museo doméstico”⁴.

Se debe comenzar resaltando la importancia de la observación participante de la cotidianidad de la comunidad. El diario de campo será clave para identificar las prácticas cotidianas, por lo cual fue el contraste principal con las entrevistas. Por lo general las personas dicen más o a veces menos de lo que hacen, o al menos de lo que nos importa indagar (como el

4 En este artículo sólo se da cuenta de las técnicas y procedimiento de campo, obviando el análisis documental (de fuentes históricas) y el institucional (especialmente en términos del análisis del discurso oficial y el análisis visual de las colecciones expuestas del Estado: en Guayaquil, Esmeraldas y Quito).

aprovechamiento del manglar o la huaquería). Es decir, el diario de campo lleno de observaciones de prácticas ha sido el complemento perfecto para las entrevistas abiertas semiestructuradas.

Estas consistieron básicamente en redundar en la triada propuesta: alteridad, territorio y temporalidad con respecto al tema; a saber, la forma en la cual se ha realizado la huaquería y qué piensan acerca del pasado que generó esas ruinas. Esta triangulación no se debe hacer mecánica ni superficialmente, sino de un modo dinámico y profundo, tratando de entrelazar cada aspecto. Por ejemplo, si se busca conocer cómo determinado entorno o conjunto de objetos es o ha sido apropiado en determinado lugar, preguntas sencillas relacionadas con las relaciones entre las personas (y no sólo el simple ¿quién? de los manuales de etnografía) y las instituciones y, por qué no, otras formas de alteridad local identificada previamente (como animales, plantas o espíritus) que tengan que ver directa o indirectamente con ese conjunto de objetos o entorno. Esto se aplica igualmente si se analiza desde el territorio: más allá del simple ¿dónde? se espera profundizar en la significación del territorio, cómo se superponen, niegan, complementan o luchan significados acerca del espacio, su apropiación y su uso. Y del mismo modo, indagar sobre la temporalidad implica conocer los cambios en esos actores y agentes, sus ritmos y frecuencias, yendo más allá de la pregunta por el ¿cuándo? la cual no permite explorar por sí sola estas tensiones.

Es decir, fueron entrevistas abiertas dado que se esperaba construir un panorama a través del tiempo, el espacio y las personas. Ahora bien, como se ha hecho notar, esta técnica posibilitó hasta cierto punto un contraste con el diario de campo, en cuanto este último consigna las prácticas (junto con la fotografía contextual). Puesto que, por un lado, el objetivo de las entrevistas es conocer la valoración y apropiación conscientemente aceptada por los sujetos y relacionada con el conjunto de objetos o el entorno enfocado, mientras el objetivo del diario de campo es describir la mayor cantidad de prácticas relacionadas con el mismo conjunto. Tanto las entrevistas (enfocadas en los discursos) como el diario de campo (enfocado en las prácticas a las que se refieren dichos discursos y más) han permitido ver dos triangulaciones (territorio, temporalidad, alteridad) que no van a coincidir exactamente, y es en este contraste en donde está el reto de interpretación.

Esto quiere decir que tanto en lo que se dice como en lo que se hace se encuentran sistemas de apropiación-valoración que son relativamente autónomos, pero al yuxtaponerlos podemos comprender las prácticas y los significados que se entrelazan en los procesos de identificación. Este doble ejercicio fue posible hacerlo más con los toliteños que con el Estado, debido especialmente a las vicisitudes propias de las nuevas etnografías con énfasis en el mundo burocrático.

Esta comparación *in situ* requiere de un esfuerzo más por comprender las subjetividades que dinamizan el fenómeno. Con las entrevistas y el diario de campo, se busca dar cuenta de la apropiación, es decir, de la vinculación vital con los objetos y el entorno, tratando de establecer su grado de intensidad a partir del contraste de lo que aceptan discursivamente y de lo que hace efectivamente. Y en esta medida se puede dar el caso de que la apropiación sea tal que ponga en riesgo la existencia misma del conjunto de objetos o del entorno (como ha ocurrido en este caso), pero que a la vez esta apropiación no va acompañada de una valoración sino discursiva, es decir, que en la práctica no se manifiesta. Ahora bien ¿Cómo estar completamente seguro de esto? ¿Cómo saber “a ciencia cierta” que unas personas en concreto no valoraban esos objetos o entornos pero sí se los apropiaban? Y si esto era así ¿Por qué no era de otra manera?

Las respuestas a estas interrogantes son planteadas desde la etnografía visual. Antes de la fotografía y el cine, las imágenes mentales y las dibujadas sobre los más diversos soportes preindustriales eran las que dominaban nuestra visualidad. De hecho, la mayor parte de nuestra historia evolutiva no hemos contado más que con nuestra imaginación. Partiendo de esta premisa biológica y de la consideración de la imaginación como “una forma de realidad más profunda”, como diría Nadine Gordimer (2008), se construyeron los siguientes instrumentos.

Como primera medida se trabajó el ya clásico dibujo *emic*. Lo llamo así debido a su carácter justamente subjetivo, ya que no trata, al estilo *etic* de comprender la realidad en bruto (lo cual es demasiado inocente) sino de explorar un modo de ver. Los dibujos *emic*, en el caso de mi investigación de maestría, fueron trabajados con niños y jóvenes, invitándolos a representar su entorno y sus proyecciones a futuro. Como en las entrevistas y el

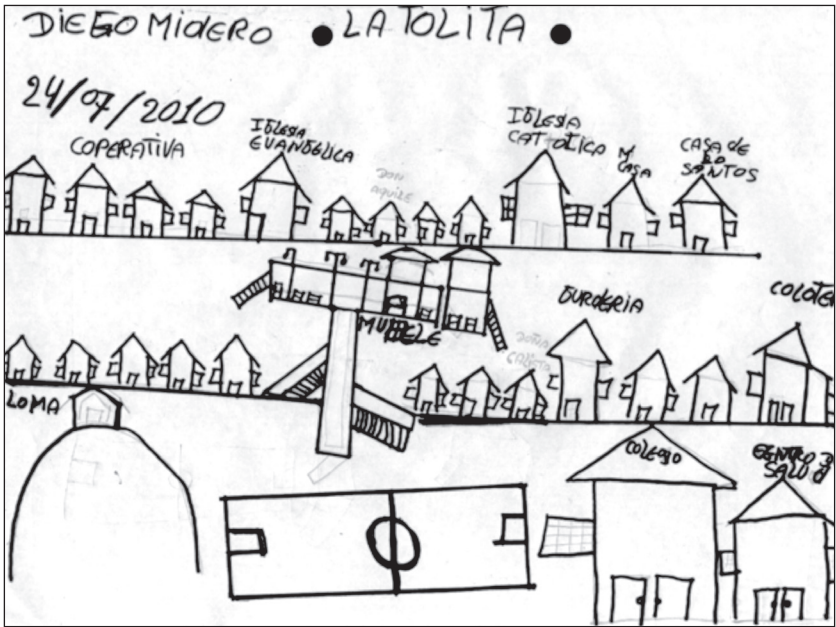
diario de campo, en los dibujos de mapas se trataba de representar territorios y alteridades, mientras que en las proyecciones de sus futuros, temporalidades (al ser niños y jóvenes, a diferencia de las entrevistas con adultos y adultos mayores, la temporalidad no iba enfocada hacia la transformación experimentada sino hacia la transformación esperada).

Siguiendo el argumento de Graeber (2001) sobre la valoración en general, esta es en gran medida consciente, cuidada, heredada y conservada (ocurre con los valores éticos, con los valores económicos y los lingüísticos). Es decir, las formas de valoración son en gran medida explícitas y conscientes, y hacen parte del sistema de sucesiones de un modo estructural. Por esta razón, se esperaría que los dibujos reflejaran las valoraciones, y de hecho parece que es así. Lo que no es valorado es de lo que menos se habla y lo que menos ocupa tiempo. Y, del mismo modo, lo que se valora es mucho más evidente (o al menos eso se espera) en las representaciones pictóricas que tratan de verse como un reflejo o indicador de determinada imagería que jerarquiza y regula la producción de significados.

Para el caso de la tesis de grado, doce dibujos de niños entre siete y once años y diez dibujos de jóvenes entre los catorce y veinticinco años ofrecen un interesante ejemplo de cómo son apropiadas las tolas (montículos doméstico-funerarios prehispánicos) por parte de las nuevas generaciones en la isla. Es clara la diferencia entre los dibujos de los jóvenes y los de los niños, ya que estos últimos hay una carencia total de tolas o lomas (ver Imagen 2), mientras que de los diez jóvenes dibujantes incluyeron al menos una: la que está en el centro del recinto (ver Imagen 1). Los que representaron en los dibujos a los montículos o “lomas” (las tolas), lo hacían especialmente a su contraste con las planicies de la isla y por la brisa que allí se disfruta. Sin embargo, al referirse al montículo que se encuentra en medio del recinto, la llamada “Loma del Tamarindo”, su valor rebasaba el de ser un importante referente espacial y lugar de brisa, y radicaba más en el carácter de espacio social que ha adquirido. Lo mismo pasaba con el muelle: ambos son importantes lugares de socialización⁵.

5 Se debe recordar en este punto que la investigación buscaba conocer cómo se identificaban o no los toliteños actuales con los vestigios arqueológicos, por lo cual reconocer cómo son apropiadas desde el dibujo a las tolas por parte de jóvenes y niños fue relevante para hacer comparaciones etáreas.

Imagen N.º 1
Dibujo realizado por Diego, de diecisiete años de edad



Fuente: Material de tesis del autor. Jornada de dibujo de niños de La Tolita.

Diego, de diecisiete años, realiza su dibujo a partir más de la relevancia de las edificaciones y relieves que de la proporcionalidad o relación espacial entre ellos. La tola del tamarindo, o la loma del tamarindo, aparece sugestivamente en la esquina superior izquierda del dibujo, lo que la constituye en un importante referente territorial para este joven, no sólo en este dibujo sino en ocho de los diez realizados con jóvenes en la isla.

Melissa, de nueve años, realza, de un modo típico en la pequeña muestra (pero a su calmado estilo personal de trazo delicado), la importancia del río y de su casa. Casi la totalidad de los dibujos (diez de doce) sobre La Tolita por parte de los niños se reducía a su casa, algún árbol, el río y, eventualmente, ellos mismos.

Imagen N.º 2
Dibujo realizado por Melissa, de nueve años de edad



Fuente: Material de tesis del autor. Jornada de dibujo de niños de La Tolita.

Esta ausencia de tolas en los mapas de los niños y la presencia de estas en los de los jóvenes (pero de un modo relacionado más con la socialización que con la existencia misma de los montículos) me ha hecho pensar acerca de la poca relevancia que tiene para los jóvenes y niños del recinto estas 'lomas'. Era algo que salía fácilmente en la interacción con ellos, era evidente, pero con esto se ha demostrado, al menos para el caso de jóvenes y niños. Ellos, de un modo discursivo y explícito aceptaban que tales montículos son importantes, pero sin saber muy bien por qué. Con esta herramienta del dibujo emic se trató de mostrar cómo la valoración práctica se opone a esa aceptación explícita de su valor, dando cuenta de la poca importancia de lo arqueológico para los toliteños, pero a la vez clave para comprender su representación sobre su entorno (ver las descripciones de las imágenes 1 y 2).

Para establecer de un modo más seguro las hipótesis que se empezaban a formar acerca de las intensidades de apropiación y valoración, así como sus diferencias, la observación participante, las entrevistas abiertas y los dibujos fueron complementados con la introducción de una herramienta que incentivó ejercicios de imaginación. En el caso de la citada investigación de tesis de maestría, para trabajar con las imaginaciones alrededor de los objetos cotidianos y los arqueológicos de los adultos decidí usar una encuesta abierta a la que he llamado “museo doméstico”. Sin introducir de un modo directo, al comienzo, la pregunta sobre el valor de los objetos arqueológicos para los adultos, traté de hacer un giro y preguntarles sobre ‘todos’ los objetos que los rodeaban a partir de tres categorías. Y después, tratar de observar cómo entraban o no tales objetos arqueológicos en las configuraciones de valor que estaba esperando registrar con esta herramienta (esto, con la certeza de la presencia de tales objetos arqueológicos en las viviendas de los toliteños, los cuales las guardan por si algún comprador casualmente aparece).

Con esta propuesta se trató de “medir” o mejor, de analizar y comparar la valoración de facto (distinta a la explorada en las entrevistas – la cual es más discursiva que práctica) ya no a partir del dibujo sino de un ejercicio que trata de reducir a extremos muy significativos (en cuanto generan significados) las imágenes-objeto que propician la apropiación del entorno. A diferencia de los ejercicios anteriores, los cuales buscaban explorar de un modo panorámico las diferencias etarias entre niños y jóvenes, esta encuesta abierta fue realizada a adultos cabezas de hogar y su profundidad fue mayor debido especialmente a que se dedicó un tiempo considerable en la búsqueda de las razones y justificaciones en torno a estas valoraciones.

Esta propuesta de encuesta abierta se inspira en una intervención artística quiteña⁶. El artista Fernando Falconí “Falco” coordinó y ejecutó en el año 2005 una propuesta de arte colaborativo en el festival de arte contemporáneo Al-Zurich⁷, y al cual llamó “Galería Viva”. En esta propuesta, Falco convidó a varios integrantes de los hogares de una misma manzana

6 Toda la información aquí especificada con respecto a la intervención artística es el resultado de una conversación informal entre el artista y el autor de este artículo en abril de 2010.

7 www.arturbanosur.blogspot.com

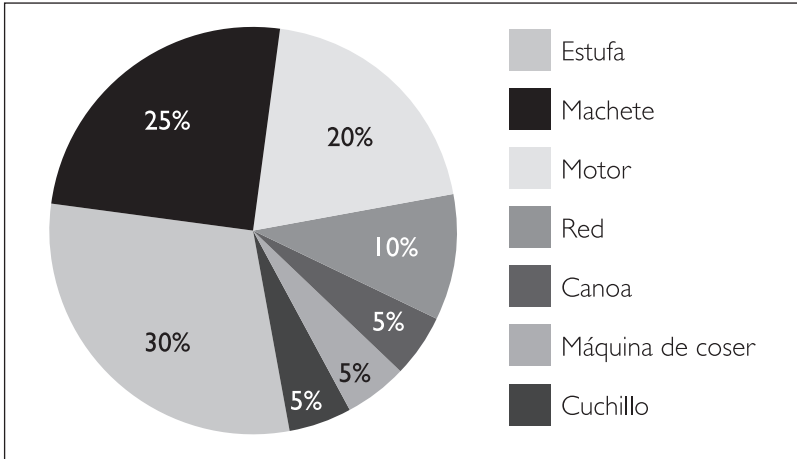
en un barrio popular en el sur de la ciudad de Quito a seleccionar y exponer un objeto de cada hogar y que represente lo más bello, lo más bueno y lo más verdadero (categorías platónicas para evaluar lo estético), y posteriormente exponerlo ante la comunidad en su propia vivienda. La idea del artista era criticar de cierto modo lo que él llama “la cultura del museo”, la cual establece ciertas formas y criterios de valoración de objetos, la cual es demasiado especializada y cerrada. Falco buscaba explorar cómo ciertos objetos se vuelven valiosos para las personas que no son artistas ni expertos en arte, tratando de poner en tela de juicio las formas y criterios de la esfera artística para generar valor.

La adaptación de este ejercicio para los fines de esta propuesta metodológica consistió en solicitar a una muestra relevante de hogares del recinto (el 25%), que eligieran tres objetos muebles de su propiedad: el más útil, el más bello y el más propio, sin ofrecer respuestas prefijadas. El propósito fue ver qué objetos se incluyen dentro de estas categorías, explorando sus respectivas explicaciones a estas selecciones. Y, al identificar tanto los objetos (o conjuntos de estos) más comúnmente mencionados en las encuestas como las causas de su selección, poder entrever un aspecto de la jerarquía de las prácticas y significados relacionados con estos objetos, y poder observar cómo entraban y salían de estas categorías los objetos arqueológicos.

En la citada investigación, entre los objetos más útiles sobresalen el machete y la estufa a gas (ver Gráfico 1). Sus razones son casi obvias y por lo menos están muy claras para los encuestados: los múltiples usos del machete para las labores agrícolas, avícolas, pesqueras y domésticas, así la comodidad, velocidad y limpieza de la estufa para preparar los alimentos. Es importante resaltar que las diferencias de género no fueron muy marcadas en este caso, ya que de un modo parejo, tanto hombres como mujeres, aceptaban la importancia del machete y de la estufa, habiendo varias mujeres que eligieron el machete como lo más útil y varios hombres que, en la misma pregunta, eligieron la estufa.

Gráfico N.º 1

Distribución de los objetos útiles en el ejercicio “Museo Doméstico” de la investigación “Procesos de identificación con el patrimonio arqueológico: el caso de La Tolita Pampa de Oro (Ecuador)”



Fuente: Elaboración propia.

Como se observa en el gráfico, el conjunto de objetos más útiles en La Tolita Pampa de Oro, redundan en las labores productivas de la isla, siendo los más importantes, después del machete y la estufa, los instrumentos relacionados con la pesca, los cuales representan un 35% del total (incluyendo el motor, la red y la canoa). Esto denota una relevante actividad pesquera, tanto en términos de la posibilidad económica como en términos de los conocimientos e imágenes relacionados con el río y el mar. Con respecto a las otras dos categorías exploradas en torno a los objetos, lo más bello y lo más propio, baste decir que arrojaron un resultado inesperado: el altísimo valor de los retratos fotográficos (aspecto que es analizado someramente en la tesis), redundando en el resultado esperado de antemano: la bajísima valoración práctica de los objetos arqueológicos en la vida cotidiana de los toliteños. Esta baja valoración práctica contrasta con expresiones discursivas y explícitas de los mismos habitantes sobre estos objetos, reproduciendo el discurso oficial en donde se debe preservar ese pasado para el honor y

el conocimiento de la nación (lo que demuestra el desnivel en la pugna por la apropiación de ese patrimonio y la hegemonía de la valoración oficial a la hora de referirse conscientemente al respecto).

Por medio de estos resultados, se puede decir sin duda alguna que la forma en la cual un objeto es valorado según su utilidad pasa por una especie de evaluación en la que el rango de acción y la capacidad de este objeto de ayudar en el suministro de alimento (lo más útil) pero que a la vez, la valoración de un objeto radica en la potencialidad de generar sentimientos de entretenimiento, empatía, solidaridad, ternura y bondad (como pasa con la alta valoración de las fotografías familiares, los cuadros de santos y los regalos personales en las categorías de lo más bello y lo más propio). Esto puede parecer una obviedad algo reduccionista, pero se debe aclarar que en este ejercicio etnográfico el objetivo principal era ratificar la poca valoración fáctica que existe hacia los objetos arqueológicos. Del mismo modo, se debe reconocer que esta técnica se concentra en lo más significativo, e impele a los encuestados a seleccionar un objeto entre todos los que hacen parte de su cotidianidad, por lo cual, en la mayoría de ocasiones, los encuestados vacilaban pensando su elección, o decían en primera instancia: “todo lo que tengo es útil”, o “todo es bonito” o “todo esto es mío”.

Sin embargo, este ejercicio, contrastado especialmente con las entrevistas acerca de lo que los toliteños perciben sobre el pasado y de lo observado acerca de la forma en la cual interactúan cotidianamente con estos objetos, ha permitido mostrar cómo una alta apropiación de facto (la extracción) combinada con una baja valoración práctica y una dubitativa valoración discursiva, permiten identificar el modo en el cual es posible hablar de un modo más preciso sobre una posible identificación con esos objetos y entornos. Tal identificación se da precisamente a través de la experiencia de la construcción del territorio en su relación con la alteridad y la temporalidad.

Mientras que la escala de representación (volviendo a Monnet, 1999) que usa el Estado para generar una valoración y, por lo tanto, ciertas formas de apropiación, es completamente abstracta (ya que apela a nociones como la nación, el lejano pasado prehispánico, los desarrollos regionales); los fundamentos de la identificación, así sea débil y esporádica, de los ac-

tuales toliteños con el pasado que duerme bajo sus pies, se enclavan en una escala de representación más cercana a lo corporal, a la vivencia directa, a través no tanto de los objetos arqueológicos como de la interacción con el ecosistema. Este aspecto es clave para entender cómo esa relación de identificación tiene como origen los condicionamientos, constricciones y potencialidades (léase poder y agencia) que ofrece el entorno y los objetos que le constituyen.

Con esto quiero decir que los toliteños actuales se identifican de un modo espontáneo con los antiguos toliteños no en términos de una herencia directa ni a partir de una secuencia directa (como parece deducirse de los discursos oficiales del Estado), sino en términos del reconocimiento de las limitaciones y oportunidades que les ha brindado el medio ambiente en donde se desenvuelve su vida cotidiana, ofreciendo interpretaciones y representaciones sobre ese pasado prehispánico más vivenciales. Además, esta identificación no implica necesariamente una homologación absoluta ni una continuidad prefijada, sino más bien una evaluación reflexiva de que lo “otro” puede ser tan similar y tan disímil a la vez, con respecto a lo propio, que tal identificación no es connatural sino en gran medida situacional.

Conclusiones

En ningún momento se consideró a esta metodología como infalible, pero sí se resalta que su utilidad radica en la posibilidad de concentrarse en un tema que se ha “patrimonializado” sin caer en limitaciones como el “patrimonio inmaterial”, lo cual no sólo pasa con el llamado patrimonio arqueológico. Es decir, este enfoque en los objetos y en los entornos, o mejor, en la forma en cómo estos se valoran y apropian por parte de una población en específico, posibilita cualificar y constatar las razones, los medios y los grados de identificación que esta población establece con esos objetos en territorios, temporalidades y contextos de alteridad específicos.

A través de los conceptos de apropiación y valoración relativizados a contextos situados desde la triada alteridad-temporalidad-territorio, es posible conocer detalladamente cómo se generan o no procesos de iden-

tificación cultural, entendiendo que esta se establece en gran medida con referentes no humanos. Esto, a través del uso de técnicas de campo que posibiliten el uso y el despliegue de la imaginación de las personas involucradas en tales procesos de identificación.

En cuanto a lo micro, este ejercicio de desglose de los procesos de identificación en apropiaciones y valoraciones ha permitido, a mi juicio, conocer detalladamente y de un modo relativamente confiable, la manera en la cual se crean configuraciones de significado y uso de objetos y entornos, ratificando la carga de agencia que tienen los objetos en sí mismos, de su condicionamiento para la valoración y apropiación. En cuanto a lo macro, este ejercicio ha mostrado cómo la tensión entre lo nacional y lo local, en términos patrimoniales, es desbalanceada, en donde el Estado, con sus múltiples y variados recursos (discursivos, económicos y de legitimación) impone determinadas formas de concebir e identificarse con el pasado y con el territorio, pero a la vez que estas formas no necesariamente surten el efecto esperado. En últimas, se muestra cómo la identificación no es un proceso inocente de reflexión cultural o personal sino un complejo tema de análisis, en donde lo político no queda por fuera sino de lo que más bien es su fuente.

Esta cualificación es relevante para establecer políticas de manejo y gestión de territorios al aportar profundidad y especificidad en los mecanismos locales de generación de esos territorios, temporalidades y alteridades. Del mismo modo, parte de considerar tanto a los humanos y no humanos, así como a su entorno, resultado de complejas interacciones de redes, a partir de herramientas inspiradas en la discusión sobre la visualidad y la imaginación.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Andrade, Xavier y Eduardo Kingman (2010). “Patrimonio, memoria social y poder en el Guayaquil contemporáneo”. Quito: sin publicar.

- Bourdieu, Pierre (1999). “El ser social, el tiempo y el sentido de la existencia”. En *Meditaciones pascalianas*, 273-323. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Clifford, James (2001). “Sobre la recolección de arte y cultura”. En *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, 257-299. Barcelona: Gedisa.
- Deutsche, Rosalyn (2001). “Agorafobia”. En *Modos de hacer: arte crítico, esfera pública y acción directa*, Paloma Blanco, Jesús Carrillo, Jordi Claramonte y Marcelo Expósito (Ed.): 289-356. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Ferdon, E. y J. Maxwell (1941). “Depósitos arqueológicos de La Tolita”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia XXI* (57): 5-15. Quito: Academia Nacional de Historia.
- Goffman, Erving (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gordimer, Nadine (2008). “Testamento de la palabra”. *Revista El Malpensante* 85. Bogotá: Ediciones El Malpensante. Disponible en: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=5, visitada el 14 de marzo de 2009.
- Graeber, David (2001). “Three ways of talking about value”. En *Toward an Anthropological Theory of Value. The false coin of our own dreams*, 1-22. New York: Palgrave Macmillan.
- Hall, Stuart (1997). “The spectacle of the ‘other’”. En *Representation. Cultural representations and signifying practices*, S. Hall (Ed.): 223-290. Londres: SAGE.
- ICOMOS (1967). “Las normas de Quito”. Disponible en: <http://www.international.icomos.org/quito67.htm>, visitada el 15 de noviembre de 2010.
- Latour, Bruno (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Leiva, Sonia y María Cristina Montaña (1994). “Informe final del Proyecto Arqueológico La Tolita”. Quito: Banco Central del Ecuador.

- Melo, Jorge Orlando (2006). “Contra la identidad”. *Revista El Malpensante* 74, noviembre – diciembre. Bogotá: Editorial El Malpensante. Disponible en: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&cid=359&pag=2&size=n, visitada el 14 de marzo de 2009.
- Monnet, Jérôme (1999). “Las escalas de la representación y el manejo del territorio”. En: *Territorio y cultura: del campo a la ciudad. Últimas tendencias en teoría y método. Memorias del 1er Seminario Internacional sobre Territorio y Cultura*: 109-141. Quito: Abya Yala; Manizales (Colombia): Alianza Francesa de Manizales/ Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología. Manizales: Universidad de Caldas.
- Morcote, Gaspar, Santiago Mora y Carlos Franky (Ed.) (2006). *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Palmer, Gary (2000). *Lingüística cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Prada, Juan Martín (2001). *La apropiación posmoderna. Arte, práctica apropiacionista y teoría de la posmodernidad*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Rivera, Miguel (2012). *Identidad y patrimonio arqueológico: el caso de La Tolita Pampa de Oro (Ecuador)*. Quito: FLACSO.
- Tardieu, Jean-Pierre (2006). *El negro en la Real Audiencia de Quito. SS. XVI - XVIII*. Quito: Abya Yala.
- Valdez, Francisco (1987). *Proyecto arqueológico La Tolita (1983-86)*. Quito: Museo del Banco Central del Ecuador.
- Wade, Peter (2002). “Identidad”. En *Palabras para desarmar*, Margarita R. Serge, María C. Suaza, Roberto Pineda Camacho (Ed.): 255-264. Bogotá: ICANH, Ministerio de Cultura.
- Weber, Max (1995). “Fundamentos metodológicos”. En *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, 6 – 18. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.